

MANIFIESTO

QUE DA AL PÚBLICO

EN BENEFICIO DE LA HUMANIDAD AFLIGIDA

el Doctor

DON FELIX AMADOR,

Consultor de los Reales Ejércitos, y jubilado en esta Corte.

Madrid.

Imprenta de Repullés.

AÑO DE 1834.


WELLCOME
HISTORICAL
MEDICAL
LIBRARY

ADVERTENCIA.

Este Manifiesto da á conocer la esplicacion del método que ha observado el autor con los resultados mas favorables en la curacion del cólera-morbo desde el momento que principió á desarrollarse en esta Capital, anotándose al fin de este escrito varios casos prácticos y complicados que se le han ofrecido en esta clase de enfermedad, y el sistema ó plan que ha seguido en su curacion, y otras observaciones que pueden suministrar las luces suficientes á los profesores á quienes no se les hayan presentado otros de igual naturaleza, é igualmente varias reglas de higiene de las que deben observar los convalecientes.

La incesante ocupacion en que he vivido cuando el cólera hacía mayores estragos en esta Corte para asistir á los que eran atacados, que sabedores del feliz acierto y asombrosos resultados de mi método curativo no me dejaban descansar un momento, ha sido la causa de no haber podido verificar desde luego mi deseo de ordenar estas observaciones y método curativo de dicho mal, con el fin de darlo á la imprenta para que asi se publicase el arcano que segura-

mente he descubierto, pues sin el menor reparo me atrevo á decir que con el método que yo he seguido, que es en un todo el mismo que indicaré despues, es casi infalible la curacion del cólera, si al tomar la medicina no ha perdido su sensibilidad el estómago, y el enfermo no se halla en un estado de asfixia. Repito que estoy bien seguro de la virtud y eficacia de mi método en los muchos que con resultados felicísimos lo he practicado; de los que citaré algunos al fin de este escrito, que á no ser asi estimo en mucho mi honor y reputacion, y no me arriesgaria á perderlos sentando proposiciones tan decisivas en una materia que

ha confundido los mejores profesores sin un conocido adelantamiento sobre el particular, segun el número de desgraciados que han perecido y perecen en todas partes, á pesar de sus incesantes tareas é investigaciones.

Desde luego me lisonjeo de los felices resultados que conseguirán mis compañeros, si lo ponen en ejecucion, pues asi lo han logrado los que lo han practicado, tanto en esta Corte como fuera de ella, segun me han comunicado, diciéndome sencillamente que han sido desgraciados si se han separado de él por algun síntoma alarmante; por lo que es fuerza que se desengañen y conozcan que debe adoptarse, sean

los que fuesen los síntomas que se presenten, asi al principio como despues, y seguirle con la mayor constancia, pues todos son efectos de una misma causa, la cual se combate y destruye siguiendo mi plan, quedando únicamente de parte del facultativo el auxiliarles con lo que les parezca conveniente á su convalecencia, reparando las indicaciones que ya curados del cólera puedan quedar en algunos casos.

La premura con que me veo obligado á publicar estas observaciones por evitar los destrozos que está causando el mal en casi todas las provincias de nuestra España, no me permite el corregir su lenguaje, ni disponerlo mejor, por lo

que pido al público y á mis compañeros que disimulen cuanto tengan que notar en esta parte, repitiéndoles encarecidamente que no abandonen en manera alguna el espresado mi método curativo, sea la que quiera su opinion (que nunca puede pasar á otra cosa) sobre el modo de adquirirse el cólera y hacer sus efectos, cuyo misterio no es por ahora tan necesario comprenderle como el curar un morbo tan cruel como devastador, que es en lo que debemos fijarnos todos los profesores; mirando con preferencia á todo lo demas el bien de nuestros semejantes.

Despues de haber leido detenidamente lo que nos han comu-

nicado los autores mas clásicos hablando del terrible y mortífero mal del cólera-morbo y de su curacion, advertí la variedad de opiniones que se presentaban tratando de sus causas, asiento, invasion, marcha, períodos y curacion; por lo cual deseaba que la práctica me demostrase un camino para poder formar alguna idea mas perfecta, y sacar de esto el diagnóstico, pronóstico y curacion, que es lo que aprendemos con mas evidencia á la cabecera del enfermo, y que mas puede conducirnos al acierto.

Llegó este caso desgraciadamente con el desarrollo en Madrid de tan cruel enfermedad, y hallé en sus períodos bastante se-

mejanza con alguna de las muchas dolencias endémicas y epidémicas que he curado en mis largas y repetidas navegaciones por distintos climas. Trópicos de Capricornio y Cáncer, á los que he atravesado por tres puntos diferentes, proporcionándome el ver y curar varios males muy diferentes por sus complicaciones de los que padecemos en esta Península, siendo entre otros el que nos afligió en la Costa-firme, Isla Margarita, Cumaná, Cartagena, Puerto Velo y Puerto Cabello, llamado alli en término provincial el *Vicho* ó *mal del Valle*, que es una disenteria maligna, cuyo morbo acometió en la primavera del año de 1815 al ejército espedicio-

nario que mandó el Excmo. Señor Don Pablo Morillo, del que tuve el honor que S. M. el Señor Don Fernando VII (q. e. e. g.) me nombrase cirujano mayor; y como por mi obligacion me fue preciso tener un contacto muy directo con los contagiados, entre los cuales yo fuí atacado del mismo mal, este motivo me proporcionó el de formar una idea funestísima de su terminacion, obligándome á premeditar mas y mas en su curacion. En tal conflicto un rayo de luz me inspiró el de buscarla, siendo tan feliz que no se me desgració mas que un solo individuo, como consta en mi hoja de servicios, é igualmente el método curativo que puse en prác-

tica, muy diferente del que seguían los profesores de aquellos dominios. Si aquel feliz acierto llenó mi alma de regocijo, ¿cuánta mayor complacencia tendré ahora con haber conseguido en lo posible lo que tanto nos ha costado, cual es la curacion del cólera-morbo, con la circunstancia tambien de lograrla en breve tiempo, y con remedios menos penosos que cuantos se han practicado hasta el presente? Esta proposicion pareceria atrevida ó aventurada si la esperiencia no me hubiese demostrado su verdad, estando persuadido de haber llegado á comprender la causa productora del mal, dónde principia á hacer sus estragos, y lo que primero se debe

practicar para conseguir su completa curacion. En obsequio de esta verdad pueden hablar algunos de mis compañeros, particularmente los que han usado de mi plan en todas sus partes, y dirán con cuál método les ha ido mejor, y que el que se ha separado de él ha visto su desengaño.

Antes de manifestar mi dicho plan me ha parecido muy oportuno indicar sus cuatro períodos, como los tienen todas las enfermedades que conocemos, por si hay algunos que no hayan tenido la ocasion de advertirlos, con el fin de que tengan una idea y no se hallen sorprendidos, lo que verificaré conforme á las observaciones que he

hecho con mis enfermos, y sin valerme de frases arengadas ni pomposas.

El primer período del cólera-morbo es el de infeccion, cuyo estado no debemos despreciar, porque en el tiempo de manifestada la epidemia en una poblacion hallará el médico observador en las personas que examine ciertas señales precursoras, cuales son: que dos, tres ó cuatro dias antes de su desarrollo tiene el contagiado poco apetito y displicencia, sin saber á qué atribuirlo, el sueño es perturbado, hay laxitud de miembros, los ojos algo tristes, el rostro pálido, la lengua cubierta de alguna saburra parda y amarillenta en su centro, y sus

partes laterales estan encarnadas, y toda ella húmeda, el sentido del gusto en unos es amargo, en otros pastoso, y otros sienten sabores estraños, habiendo tambien á quien acompaña cefalagia, emicránea, ó dolor supra-orbital.

El segundo período es, cuando desarrollada la enfermedad se presenta la diarrea, primero de los escrementos contenidos en el intestino recto mas sueltos que en el estado natural; pero á la tercera ó cuarta evacuacion ya son biliosas de diferentes colores: de estas pasan por grados á albinas; la orina empieza á escasear, y es mas clara que en el estado normal: en unos hay dolores torminosos en toda la cavidad

del vientre, y en otros ninguno, aunque el mormullo le hay en todos: á algunos les acompaña un calor urente en el estómago y en todo el tubo intestinal, y otros padecen una contraccion en todas las regiones de dicha cavidad con dolor muy agudo, pero sin calentura ni sed, hasta que se han hecho muchas deposiciones, que entonces ansían por beber: el apetito es nulo, la languidez general se va aumentando por grados; á estos siguen los vómitos ó conato á ellos, hay lipotímias, deslumbramiento, mareos, y la luz ofende á sus ojos; en muchos se unen á los espresados síntomas calambres, ormigueos y convulsiones, la cara se pone lánguida,

la nariz afilada, los ojos undidos y tristes, los párpados con poca accion para abrirlos, los tegumentos de las órbitas se van poniendo azulados, morados y arrugados; la lengua en algunos es mas gorda que en su estado natural, y se cubre de mas saburra parda, y amarilla en su centro, que en el primer período, y por consiguiente está mas fria, y en los que han tenido vómitos y cursos se les queda blanca; sin embargo de estos vómitos espontáneos, aun cuando hayan sido escitados por el aceite, agua caliente ú otros medios caseros que han usado, dicen los enfermos que sienten y tienen en su estómago una cosa que les incomoda y desean arrojar, como efec-

tivamente es asi, porque hasta que se les suministra la hipecacuana, como diré en su lugar, no se consigue desalojarlo de dicha entraña: en este estado ya principian á escasear las orinas, ó cesan del todo.

El tercer período es cuando á los síntomas espresados del 1.° y 2.° estado sigue la diarrea albina escesiva, los vómitos no tan solo son de lo que ha tomado el enfermo, sino que tambien vienen mezclados con humores parecidos al agua de arroz, otros oscuros, negros y verdes: el frio y sudor marmóreo se va aumentando, el ámbito del cuerpo se disminuye por instantes, la piel se pone arrugada y amoratada, é igualmente las uñas,

los calambres dolorosos esternos cesan, pero se aumentan los internos y las contracciones espasmódicas, particularmente en los plexos coronario, estomáticeo, esplénieo, y tambien el simpático del cardias, en términos que obligan al paciente á encogerse y quejarse vivamente, en tales términos que no tiene sosiego ni postura que le acomode; unas veces hay supresion de orina y otras retencion; la sed es inextinguible, la lengua se pone trémula y fria, la cara consumida y desencajada, los ojos hundidos y pañosos, las funciones intelectuales aun las conserban en este estado la mayor parte de los dolientes: no se hallan los pulsos en las radiales, pero sí en las

sienes, percibiéndose tambien el sístole y diástole, aunque muy profundo y débil, de cuyo estado álgido he curado á muchos.

El cuarto período es el de asfixia, y en éste el estado álgido ha llegado á lo sumo del mal, de modo que ya no se perciben los pulsos en ninguna parte, el enfriamiento es general, una especie de rocío frio baña la cara, igual á los que mueren por consuncion; los ojos se ponen tan empañados que nada ven aunque los tengan abiertos; la postura de su cuerpo es supina, los brazos abiertos y fuera de la ropa, las estremidades inferiores cada una va por su lado, unas contraidas, y otras dilatadas; las evacuaciones

ventrales las hacen sin sentir, la orina ni fluye, ni la hay en la vejiga; si se le habla tocándole apenas contesta, de forma que ya ni sienten ni padecen, y pronto deja de existir. Pero tengo observado que sin embargo de estar tan próxima su muerte, si se les dan golpes fuertes en el cuerpo, y aun en la cara, se sientan como enfadados, y con un vigor increible, y asimismo contestan algunas palabras. Valiéndome de estos medios logré que se confesase una jóven para quien me llamaron hallándose en este estado, logrando al menos este auxilio cristiano, de lo que hubiera carecido espirando sin él irremisiblemente.

De mis detenidas observaciones

he deducido que el período álgido sobreviene de dos causas diferentes, de las cuales nada nos han dicho los que han escrito del cólera-morbo. Las manifestaré francamente con el fin de que otros facultativos de mas eonocimientos que los mios perfeccionen esta idea, porque aunque á primera vista parece que nada influyen en la curacion, opino que es de suma entidad, en razon á que deben variarse algunos remedios segun la clase de algidez que sea. Paso á demostrar estas dos diferencias.

El primer período álgido es el que sobreviene despues de la diarrea albina escesiva que no se ha podido cohibir, con la cual no

tan solo ha depuesto el paciente lo que contenia su tubo digestivo y cuanto habia tomado, sí que tambien hasta la parte líquida y serosa que circulaba en compañía de la sangre por las arterias y venas del cuerpo: la causa es que privada ésta de dicho fluido queda la parte albuminosa y fibrosa cuajada en sus vasos, y por grados va perdiendo su movimiento circular por carecer de aquel agente que la conservaba en su estado de fluidez, y ademas que faltando al sistema vascular estos jugos como butirosos y jabonosos que les lubricaban, van perdiendo su elasticidad, y por consiguiente disminuyéndose la circulacion sanguí-

nea y las infinitas funciones que de ella dependen, y luego que les falta este agente á las partes mas esternas ó cutáneas, éstas son en las que primero se paraliza el círculo por las razones siguientes: la 1.ª es la reconcentracion de estímulos: la 2.ª porque las túnicas de los tejidos cutáneos tienen menos fuerzas elásticas que sus ramificaciones principales: 3.ª por lo distantes que estan del centro de la vida; y 4.ª por las injurias esternas que sufren con el aire y demas, y estas son las causas (segun mi opinion) que contribuyen al primer período álgido.

La esperiencia me ha hecho ver que esta algidez sobreviene

mas ó menos pronto, á proporcion de la robustez del paciente, de su edad, de su idiosincrasia, segun las afecciones morales que hayan antecedido, las cuales tienen un poderoso influjo en estos enfermos, y sobre todo la buena ó mala asistencia, que en esto suele consistir el que perezcan ó se salven. Tambien he observado que de este mi primer período álgido se puede confiar mas que del segundo, que paso á demostrar.

El segundo período álgido y menos comun es el que sobreviene á las pocas horas del acometimiento fulminante: el cómo, y quién causa este estrago, es el misterio mas dificil que nos ofrece esta

terrible enfermedad; y como hasta la época presente no nos han dicho nada los que han escrito sobre este morbo, me atreveré sin embargo á dar mi dictámen en la materia con el único fin de que este mi atrevimiento mueva á emulacion á otros profesores, para que con sus mayores conocimientos mejoren la senda que detallo, y la perfeccionen hasta que se descubra la verdadera causa. Sentemos por principio (indudable en mi concepto) que la causa productora de la enfermedad en cuestion, y de los desórdenes estraordinarios que la acompañan, es un veneno deletéreo desconocido hasta el dia; que éste le recibimos por el aire que

respiramos, y con los alimentos que tragamos, ó de otra forma. Este veneno deletéreo, que con tanta rapidez aniquila y arruina la máquina del hombre cuando poco antes se hallaba en buen estado de salud, lo que hace que introducido en el pulmon y tubo digestivo se anida en sus túnicas mucosas, y mezclado con sus jugos los altera é irrita estremadamente, y por absorcion se transmite su mordacidad á los nervios grandes simpáticos del pecho y estómago, é igualmente á las túnicas del sistema vascular de dichas partes, y con el estímulo escesivo que sufren se belican, se encrespan, y por decirlo de una vez las abrasa; y por consiguiente re-

sulta que la contraccion espasmódica ó tétano interno en alto grado que hay, éste disminuye el diámetro de los vasos, y los imposibilita para que puedan ejercer las circulaciones, y á poco tiempo sobreviene mi segundo estado álgido, si no se consigue quitar muy pronto los indicados espasmos con remedios enérgicos, prontos y de la mayor actividad, segun nos lo aconseja el inmortal Hipócrates, que dice: *estremis morbis, estrema esquisita remedia optima sunt.* En este estado miserable, con las sangrías ni sanguijuelas no se consigue sacar sangre, porque se halla coagulada, y solo nos queda el recurso de propinar treinta granos de la

hipecacuana y repetirla á discrecion del profesor, pues si con ella se consigue el vómito violento, y que se ponga en movimiento toda la máquina, y que se arrojen los humores viciados que hay en las primeras vias, en seguida viene la reaccion y sudor caliente general, y de este modo será como se podrá salvar al paciente.

Opinion de la causa del cólera-morbo, su asiento, y á qué clase pertenece.

He sentado por principio que la causa productora del cólera-morbo es un veneno deletéreo des-

conocido, porque efectivamente como tal son los efectos que ejerce, tanto por su actividad como por la rapidez con que obra: tambien soy de sentir que sus primeros estragos los hace en el tubo digestivo, y algunas veces en el pulmon, como dejo indicado. Para corroboracion de esta opinion no apelaré á leyes metafísicas, y sí solo á las de la naturaleza, que son las que no nos engañan. Pondré un ejemplo. Cuando el hombre ha tomado un veneno, sea involuntaria, casual, ó premeditadamente, por los síntomas que causa venimos en conocimiento que son producto de este ú otro veneno; y como en el cólera hallamos muchos síntomas de los que

aquellos producen, debemos elegir medicamentos evacuantes, ó ya que obren como antídotos, enseñándonos la misma naturaleza las huellas que debemos seguir entonces, cuales son las deyecciones para evacuar lo que es nocivo, como nos lo indican los vómitos y cursos; pero como los esfuerzos de los pacientes no son siempre suficientes, necesitan de los auxilios del arte: esta verdad la tengo bien vista con mis dolientes, porque en el momento que he conseguido desprender y espeler con mi remedio el veneno que habia en el estómago y en los intestinos caminan los enfermos á pasos agigantados á su curacion con la reaccion y sudor ge-

neral que sobreviene, á no ser que algunas causas morales ó escesos que cometan los convalecientes y asistentes lo perturben; diré aun mas: bien sabido es que todas las clases de venenos introducidos en el tubo digestivo, si se les deja permanecer en él por mucho tiempo, no tan solamente producen irritaciones é inflamaciones, sí que tambien la gangrena y la muerte; por este motivo tan poderoso aconsejo á todos indistintamente el remedio evacuante, porque me hago cargo de que cuanto mas tiempo permanezca adherido en la túnica mucosa la causa morbífica, tanto mayores son sus estragos; porque es indudable que quitan-

do la causa han de cesar precisamente sus efectos primarios, y nos dan lugar á corregir los menos urgentes que puedan seguírseles.

El cólera-morbo, en mi sentir, no es una gastro-enteritis como opinan muchos profesores asi nacionales como estrangeros. En prueba de esto examinemos los escritos que hablan de esta materia, los cuales dicen que en las infinitas disecciones anatómicas que han hecho de los cadáveres de los coléricos, despues de haber examinado con la mayor detencion todas las vísceras de las cavidades, confiesan que no han hallado vestigios ni señales ciertas de que sea la emfermedad flogística; por lo contrario, que mas bien son

de sentir de que es una dolencia espasmódica, ó un tétano interno de lo mas agudo. En corroboracion de esto daré una razon que creo no admite réplica. Yo he visitado sobre 325 coléricos del 2.°, 3.° y 4.° período, y sobre 150 del 1.°, con la particularidad que de este número han sido treinta y tres del período álgido, y á escepcion de cuatro de esta clase que se me han desgraciado, dos por su mala asistencia, otro por recaida, y el otro por no haber tenido su estómago accion para que se verificase el efecto del vómito con la hipecacuana, á los restantes he curado con dicho medicamento, y demas que indicaré en mi plan; pues siendo esto asi, como es bien notorio

en esta Corte, y que todos sabemos que dicho remedio es sumamente activo y estimulante, si el cólera fuese una enfermedad inflamatoria, como suponen, muy lejos de haberlos salvado hubieran perecido, pues era indispensable que á todos cuantos la he suministrado les hubiera ocasionado la gangrena y mortificacion en el estómago y en los intestinos, y de consiguiente la muerte, en razon á que en el espresado tubo digestivo es donde obra mas directamente este remedio: por otra parte, yo no entiendo cómo puede ser que haya una gastro-enteritis aguda (como debemos suponer), cuando es raro el colérico que tiene fiebre, sed, ni tampoco otros síntomas

propios de tal dolencia, ó al menos no los hallamos; y asi es que la calentura que hacemos que venga artificialmente, es la que contribuye mas que todo para que se verifique mas pronto y mejor la curacion; si es la sed, son pocos los que la tienen al principio de la invasion, hasta que han hecho muchas evacuaciones, que en este caso ya desean beber, porque la sabia naturaleza solicita reemplazar sus pérdidas, y no por motivo inflamatorio. En fin, daré una prueba de mi ingenuidad, y para afirmar mi dictámen manifestaré que si fuese posible haber examinado el tubo alimenticio de cuantos he curado con la hipecacuana, sin duda que hallariamos

una ligera inflamacion, flogosis, ó una irritacion en dicho canal digestivo producida por su estimulacion, en términos que con ella sobreviene la sed y la fiebre que antes no habia; pero como esto se hace con el fin de que haya un contra-estímulo, y de que cesen los espasmos, ó sea tétano interno, de esta suerte es como evitamos un mal mayor, cual es la paralizacion de las circulaciones y la muerte; por esta razon poco nos debe importar el que sobrevengan los síntomas artificiales que dejo espresados, porque sabiendo de qué causa dimanan, podemos acudir á ciencia fija á corregirlos, como efectivamente lo he practicado asi; de suerte que con

sangrías, sanguijuelas, dieta rigurosa, demulcentes y refrigerantes, en dos dias se curan dichas irritaciones, lo cual no se logra tan breve cuando son verdaderas inflamaciones por otras causas.

Tiempo en que se ha de usar de la hipecacuana, dósis que se debe propinar segun la clase de personas y estado en que se hallen, con la esplicacion de sus efectos.

La hipecacuana se usará desde el momento que sea llamado el facultativo para visitar á un enfermo de ambos sexos que padezca el có-

lera-morbo, en la inteligencia que la ha de prescribir en cualquiera de sus períodos, y con tanto mas motivo en el 3.° y 4.°, pues es en los que mas se necesita, en la cantidad y forma que diré con arreglo á su estado y circunstancias en que se hallen. Se propinará en todas las mugeres aunque esten con el período mensual, en las embarazadas, y tambien en las recien paridas, pues mas fácil es corregir algunos desórdenes que pueden sobrevenir, que dar lugar á que la causa morbífica haga sus rápidos estragos; prevengo esto porque he notado que hay algunos profesores que se abstienen de usar el citado remedio en los espresados casos, especialmente

cuando hay vómitos y cursos, creyendo que estos últimos se aumentarán; pero yo la he suministrado en todos ellos y en todas las edades con resultados muy satisfactorios.

Últimamente, la hipecacuana se debe dar en toda clase de personas; porque yo hallo en ella cosas admirables para nuestra enfermedad; las principales son que obra como un emético catártico segun la cantidad y la porcion de agua que se le aconseja tomar al doliente, y tambien como anti-disentérica tomada en corta cantidad, pues es positivo que este medicamento hace desprender y evacuar el veneno mortífero que se halla íntimamente adherido

al estómago y á los intestinos: ademas de todo esto, ella aumenta la escrecion y secrecion de la orina, mueve la espectoracion, hace espeler los gases mefíticos que contiene el canal intestinal, favorece las demas escreciones y secreciones de todo el cuerpo con su virtud estimulante, aumenta la accion de todos los sistemas que se hallan paralizados, y obra como el anti-espasmódico mas poderoso por el esceso de belicacion que produce en el nervio gran simpático del estómago y en todas sus ramificaciones, cuya irritabilidad se trasmite á sus hermanos por su íntima relacion; tambien contribuye mucho á dichas ventajas por los esfuerzos que obliga á

hacer al que la ha tomado. En fin, ella es la que nos proporciona la deseada calentura de reaccion y sudor, con lo cual se verifica equilibrar la vida interna con la esterna que estaba desordenada; y en fin, cesan todos los síntomas alarmantes, cuyo cambio es tan rápido y favorable que el enfermo que poco antes estaba moribundo pasa al estado de convalecencia. Todo práctico observador que haya propinado este remedio en cantidad de un escrúpulo ó mas, segun haya sido la necesidad, habrá visto que las virtudes que dejo referidas son evidentes y no ilusorias. Yo quiero suponer que la hipecacuana no cure el cólera-morbo con los efectos que

dejo anotados; pero si no es asi, me precisa creer que obra como un antídoto de este mal, respecto á lo feliz que he sido con mis enfermos.

Tambien supongo que mis conprofesores se hallan versados en los prodomos y métodos curativos de los envenenados, y siendo asi es preciso que confiesen que al cólera-morbo le acompañan muchos síntomas muy sinónimos á aquellos, y por consiguiente el tratamiento debe ser semejante, aunque ignoremos á qué clase pertenece el productor del cólera, pues lo cierto es que todas las evacuaciones que proporciona la hipecacuana son las que cabalmente deseamos en las mordeduras de animales venenosos,

y tambien en las que producen los venenos del reino mineral y vegetal; por lo que casi me inclino á creer que la espresada raiz bien fresca y acondicionada, como supongo que la tienen los farmacéuticos, debe tener alguna virtud anti-venenosa ó anti-hidrofóbica.

Paso á manifestar con la claridad posible el método que he tenido con mis enfermos del cólera, con el fin de que en los pueblos que carezcan de facultativos á cualquiera persona sensata le pueda servir de guia hasta que avisen al profesor, como requisito indispensable en esta dolencia, para lo que será muy útil tener presente los casos prácticos que pondré al

fin de este escrito, porque no siempre acomete el mal de un mismo modo y con iguales síntomas; asi es que debe variarse en cantidad el remedio y sus repeticiones, y tomar mas ó menos agua caliente, pues en esto consiste en gran parte su favorable ó mal resultado. El método que yo he observado es el siguiente:

Inmediatamente que he sido llamado para visitar á una persona que padece el cólera-morbo, si tiene diarrea, sea ó no albina, vómitos y calambres, que son los síntomas comunes con que suele principiar, y ademas algunos otros del segundo período, lo primero que hago si es hombre de mediana edad,

de temperamento robusto y su construccion física bien organizada, le propino veinte ó veinte y cuatro granos de polvos sutilísimos de la raiz de hipecacuana oficinal; si es de cincuenta, sesenta ó setenta años, de diez y ocho á veinte granos; si es muger de las espresadas circunstancias del primero, diez y ocho granos, si es delicada, y su sistema nervioso muy sensible, diez y seis granos; pero si esta última se halla con el período mensual, doce granos; á las embarazadas, aunque esten de ocho meses, ocho ó diez granos, y si conozco que no es suficiente la primera toma la repetirá una ó mas veces, segun sea la necesidad; á las recien paridas igual cantidad que á

las que estan en cinta; si no llegan á la edad de la pubertad en ambos sexos, de diez á doce granos; á los niños de seis á ocho años, ocho granos; á los de pecho de año y medio, dos ó tres granos, y como algunas veces varían las circunstancias, tambien debe el profesor aumentar ó disminuir la dósis, pero no dejarla de usar, porque su aplicacion es necesaria en todos los casos.

En la administracion de este remedio hay que variar la cantidad de agua, como tengo dicho, pero el modo de tomarlo es igual en todos. Sea por ejemplo un hombre: se ponen los polvos en una jícara con media cucharada de azucar; primero se echa una corta

porcion de agua natural para que se haga una masa, y despues se añade mas vehículo hasta cerca de una jícara: tomada que sea, encargo que procure detener el vómito hasta que pase media hora, poniéndose en la boca, si hay náuseas, un poco de vinagre, oliéndolo igualmente, con lo que suele contenerse; pasada ésta le doy solo una taza de agua caliente con el fin de que ayude á desprender y disolver lo contenido en el estómago, y con esta cantidad á los dos ó tres minutos se presenta el vómito: en este estado se le dan dos ó tres tazas seguidas de dicha agua caliente, y se continúa asi hasta doce ó mas si con-

viene. Luego que haya concluido de vomitar, que suele durar una hora poco mas ó menos, le hago tomar una tacita de agua de flor de malva dulcificada con jarabe de altea para tranquilizar los nervios del estómago y los de los intestinos, y ademas para favorecer el sudor, que suele principiar, como no se hallen en el estado álgido, cuya escrecion es esencialísima: despues de una hora les concedo media taza de caldo ligero bien colado por un paño mojado, con el fin que éste embote y neutralice algunas partículas de las que puedan aun quedar en el estómago; á la hora y media de ésta se le da una toma de agua de arroz gomosa, ó del cocimiento blan-

co gomoso de Sidenam, en el caso que la diarrea sea frecuente, que no basta el simple: se continuará con este plan, á no ser que se presenten nuevos síntomas que exijan variar de indicacion. Por bebida doy agua de limon con naranja de media nieve, á otros con el jarabe de agraz, ó la natural con esponjado, advirtiendo que muchas veces suelen precipitarse parte de los polvos á los intestinos, y obran como un cathártico haciendo mas deposiciones, las cuales son muy útiles con tal que no sean demasiadas, como que con ellas se han exonerado los intestinos de lo que tanto les molestaba. Habiendo examinado estos humores depuestos á beneficio

del remedio, he visto que dejaron de ser albinos, y son ya mezclados con bilis de varios colores, como verdes, negros, oscuros y pajizos, que es lo que nos hace presagiar bien, como efectivamente estas deposiciones cesan pronto sin variar del plan interno, y el paciente se cura indudablemente. Como tambien he observado con toda detencion lo que han vomitado mis enfermos, he tenido proporcion de advertir la variedad de humores y partículas que han arrojado; de suerte que he visto que unos han echado copos mucosos y limosos, y como madejas ligosas mezcladas con partículas pesadas de color aplomado, otros como de café, otros

como el cardenillo, otros como el añil, colorado y negro: quién ha vomitado porciones verdes como el légamo que se cria en las aguas estancadas, y alguno que otro una bilis degenerada de un verde subido mezclada con una especie de cardenillo molido, y en fin, otros de color de azul de Prusia el mas perfecto, siendo indudable que con los vómitos espontáneos no hubieran evacuado tanta variedad de humores, y por consecuencia siempre quedaba interiormente el fomes de la enfermedad.

Asimismo he curado muchos coléricos que sus primeros síntomas han sido diarrea albina, ardor en el estómago y vientre, calambres, frio

en las estremidades inferiores, ninguna calentura, pulsos retraidos, dolor supra-orbital, falta de apetito y de sed, pero sin vómitos: en estos he principiado propinándoles en los de edad media ocho ó diez granos de la hipecacuana como anti-disentérica, no permitiéndoles mas que dos ó tres tazas de agua caliente en la forma esplicada: si con esta dósis se cohiben los cursos y viene la reaccion, no la repito, pero de otro modo la reitero dos ó tres veces, con las cuales cesan las evacuaciones y todos los síntomas que habia á beneficio de la calentura de la llamada reaccion, la que suele durar veinte y cuatro ó treinta horas, acompañada de sudor general, y

pasado este tiempo se sienten los enfermos buenos y con apetito, pero sólo les permito caldo y sustancia de arroz por aquel dia.

Tambien he principiado la curacion del cólera-morbo en aquellos sugetos que estan pletóricos, ó con otros síntomas, con sangrías largas, y en algunas ocasiones con sanguijuelas; pero no he confiado solamente en estos medios auxiliares, porque ademas me he valido de la propinacion de mi remedio para perfeccionarla, pues lo cierto es que todos los dias nos está demostrando la práctica, tanto la empírica como la racional, que ciertas enfermedades producidas por un veneno ceden ó las doman otros, por ser dia-

metralmente opuestos, de forma que en su accion gana la victoria el que tiene mas poder: esto es lo que tengo visto que sucede con el productor de esta dolencia y la hipecacuana.

Este es el plan que he seguido con mis enfermos, y que me ha dado los resultados mas felices, como ya dejo indicado, confesando francamente que en su publicacion no tengo otro fin ni me mueve otro interés que el de creer que si llega á generalizarse (dejándonos de sistemas y de preocupaciones que para nada conducen) hago en ello un conocido bien á la humanidad, que es el único objeto que debemos mirar con predileccion los profesores del

arte de curar, y respectivamente todo hombre racional y filántrópico que ame á sus semejantes. Supuesto lo cual, paso á demostrar los casos prácticos que ofrecí al principio de este escrito.

Tratado de casos prácticos, y sus métodos curativos.

NÚMERO 1.º

Con la mayor premura fuí llamado á las doce de la mañana del dia 19 de julio del presente año de 1834 para socorrer á la esposa del señor general don Vicente Minio, coronel

del regimiento de Coraceros de á caballo de la Guardia Real. Esta señora es de edad de treinta y siete años, su temperamento bilioso, y su sistema nervioso muy sensible, de suerte que con esta predisposicion, y con las afecciones morales que precedieron dias ántes, produjeron en todos sus sistemas muchos trastornos y desórdenes de la mayor entidad; unido á esta causa las del desarrollo atmorférico que hubo los dias 15 y 16 del mismo mes, y tambien el terror que infundió en los ánimos de todos los habitantes de Madrid la mortífera enfermedad del cólera-morbo al ver con la rapidez con que fallecian los atacados, asi es que todas dieron causa

sin duda para que dicha señora fuese invadida del mal el dia 17 del referido julio. En esta paciente principió con diarrea biliosa, y de ésta pasó á albina, se simpatizó el estómago y se manifestó el vómito tambien bilioso, pero muy pronto fue como el agua de arroz; á estos síntomas se agregaron los calambres, algunas contracciones espasmódicas, saltos de tendones, deslumbramiento y desmayos. Como el aseo natural del bello sexo suele pasar algunas veces de los límites de la pulcritud, quizá con perjuicio de su salud, esta paciente se bajaba de su lecho para hacer las frecuentes deposiciones que la anunciaban los retortijones y dolores torminosos que

padecia en el vientre, lo que dió motivo á su empeoramiento, como es regular; pues hay bastante esperiencia de que este reparo de no hacer las deposiciones en la cama, bien sea entre sábanas ó en algunos de los vasos que hay para estos casos, ha dado motivo á que muchos pacientes hayan perecido, como pudo haberle sucedido á nuestra enferma, por ignorar lo perjudicial que es salir caliente ó tal vez sudando de su lecho, aunque sea con la precaucion de abrigarse bien, de forma que los que no han sucumbido por esta inadvertencia ó falta de precaucion, al menos han dado pábulo para haber pasado mas pronto al período álgido, que quizá se

hubiera evitado del otro modo. Cabalmente este era el estado de dicha señora la primera vez que la visité, que á la verdad no dejó de ponerme en bastante cuidado cuando no la hallé pulso en ninguna parte de su cuerpo, y los demas síntomas que acompañan á dicho período álgido. Viendo el estado de la paciente, y lo persuadida que estaba de que su muerte era inevitable, la afliccion que debia causarla el ver lo que padecian su esposo, hijos, parientes y amigos, que estaban constituidos en la mayor amargura, y lo mucho que podria contribuir para aliviar á aquella, lo primero que hice fue animarles á todos, manifestándoles con la ma-

yor serenidad y confianza que debian deponer su afliccion, porque en lo humano aun habia remedio, y que yo lo prometia, apoyado en otros muchos casos que habia curado tan dificiles como el presente; añadiendo ademas, para consolarlos á todos, que dentro de cinco ó seis horas confiaba tenerla fuera de peligro, lo que hizo cobrar un ánimo estraordinario á la paciente y entregarse con la mayor fé á mis órdenes. En su vista dispuse que inmediatamente la envolviesen entre mantas, y en seguida la propiné diez y ocho granos de la hipecacuana, que tomó conforme queda dicho; á la media hora se insinuó el vómito, al que ayudé con diez ó doce tazas de

agua caliente, y con ellas vomitó algunas madejas y copos mucosos de varios colores y bastante bilis pajiza, la que me hizo presagiar favorablemente, y por deposiciones evacuó muchos humores que tambien eran de diferentes colores y fétidos: en este estado se la dió una tacita de flor de malva con una cucharada de jarabe de malvavisco, se la dejó descansar, y continuó con los mismos alimentos y bebida que le tenia prescrito el físico que la asistia, que era el cocimiento blanco gomoso de la Hispana, la sustancia de arroz tambien gomosa, y el agua de limon mezclada con naranja, todo fresco (que tanto en esto como en todo cuanto se hizo con la

doliente estuvimos conformes), con lo cual los síntomas se minoraron mucho, y sólo continuó haciendo algunos cursos de la misma clase que los anteriores: á las tres horas de haber tomado el vomitivo observé que habia ciertas señales de venir la reaccion, cuales fueron el notar ya el pulso en las sienes, que la cabeza, frente, cara, cuello y parte de la cavidad vital se principiaron á calentar, y la enferma se hallaba muy tranquila y animosa; pero para asegurar y acelerar el buen éxito la ordené ocho granos mas de dicha hipecacuana, que tomó con poco vehículo, y á su debido tiempo se la dieron dos ó tres tazas de agua caliente con el fin de

que obrase como ante-disentérica, y efectivamente correspondió á mis deseos, porque solo tuvo un vómito bien tinturado de bilis pajiza, cuya señal es escelente, pues que ella nos manifiesta la cesacion de los espasmos en la vejiga que la contiene, y en los vasos biliarios, y ademas se suspendieron los cursos; á las cinco horas estaba en completa reaccion, á las seis se habia hecho el sudor general caliente como lo habia prometido, y la enferma libre de todos sus síntomas, á escepcion de la sed, que le incomodaba, por lo que la concedí, ademas de los alimentos y bebida que usaba, un cortadillo de agua con un esponjado, por ser cosa que

tanto deseaba, y todo de media nieve: la calentura y sudor duraron veinte y cuatro horas poco mas ó menos; al siguiente dia la concedí un poco de caldo y los refrescos que dejo espresados: al tercero comió despues del caldo unas ruedecitas de compota de pera, y al cuarto un poco de pollo, en cuyo dia se levantó un ratito perfectamente sana.

Espero que mis comprofesores tengan la bondad de disimularme el que haya entremezclado en este caso práctico las promesas y pronóstico que dí á dicha señora enferma y sus parientes, esponiendo mi dictámen con tal resolucion, pues hay ocasiones que es preciso obrar

asi, por ser un requisito muy esencial (como saben bien), y que particularmente puede contribuir en toda clase de enfermedades, y mucho mas en la de que se trata, como lo tengo observado, siendo la razon lo mucho que influye en lo fisico una imaginacion viva que llega á acobardarse absolutamente, y por lo tanto es obligacion del facultativo el cooperar á disipar la preocupacion del paciente, aun cuando aventure en algo su opinion en el fallo, pues todo se debe posponer tratándose de salvar á una persona espuesta á ser víctima de su miedo y cabilaciones unidas á un mal que por sí es ya tan temible.

NÚMERO 2.°

A las ocho de la noche del dia 29 de agosto fuí llamado para visitar á D. Ramon Loreto de Prado, teniente mayor de la parroquia de Santa María. Este paciente se hallaba en el período álgido del cólera de mi primer estado. Entré á una pieza en donde habia bastantes concurrentes, y cuatro profesores que estaban consultando sobre el mal de dicho vicario. Estos suspendieron su discusion en el interin que yo me cercioraba del estado del paciente, que no fuí largo, porque desde luego comprendí que tenia remedio: continuó el de cabecera haciendo relacion de la enfermedad,

del diagnóstico, pronóstico y curacion; siguieron los otros tres por su orden, y convinieron todos en su método antiflogístico, añadiendo el baño general caliente, una tira de cantárida á la columna vertebral, y sanguijuelas al ano; mas sin embargo todos unánimes convinieron en que al fin sucumbiría. Yo, que opinaba muy al contrario, preferí á todo la vida del paciente, y comencé mi narracion con mi carácter natural y mi honrado modo de pensar, y unido á todo esto el estado en que hallé al enfermo, y la seguridad que tenia en lo humano de salvar al paciente, hubiese sido un criminal si me hubiera conformado con sus pareceres por no ajar su

buena opinion, que efectivamente la tienen bien sentada, y por consiguiente me ví obligado á rebatir sus dictámenes, haciéndoles ver que la enfermedad en cuestion no era una gostro-enteritis como suponian, y sí un tétano interno, una doleneia espasmódica y nerviosa bien demarcada, demostrando asimismo que siendo la causa del cólera un veneno deletéreo desconocido que estaba depositado en el estómago é intestinos, era él el que ocasionaba todos los síntomas que habia, y que por consiguiente era indispensable evacuarle con la hipecacuana, indicándoles tambien los felices resultados que habia tenido con dicho remedio en los muchísimos coléri-

cos que habia curado con ella; pero se levantaron antes de concluir yo el plan de curacion que juzgaba oportuno en el caso en que nos encontrabamos; mas sin embargo, posponiéndolo todo á la curacion del enfermo, les contesté que cuando estaban al parecer persuadidos á que el paciente sucumbiría, yo creía poderle tener fuera de todo peligro en aquella misma noche, como asi se verificó; y añadí aun mas, que salia garante y responsable á su vida sin mortificarle con remedios tan penosos como á los que se suele acudir en talos casos, convidándoles urbanamente á que se sirviesen volver por la mañana temprano, en la que esperaba se desen-

gañasen de la certeza de mi pronóstico; pero no tuvieron á bien de verificarlo mas que dos, que fueron solo á saber el estado del enfermo, creyéndole finado ya á aquella hora, y quedando por lo tanto bastante admirados cuando se les dijo que estaba fuera de peligro.

Espero que el público me disimulará esta digresion, en virtud de que habiendo sido algo ruidosa en Madrid esta consulta (de la que fueron testigos el señor cura de dicha parroquia de Santa María y otras personas de distincion de ambos sexos), pudiera la maledicencia darla una interpretacion siniestra con perjuicio de mi honor y de mi opinion, que á no mediar esta po-

derosa circunstancia me hubiera abstenido seguramente de hacer la menor indicacion sobre un asunto que ademas de no ser propio de este lugar, es opuesto á mi delicadeza y á mis principios.

Pasemos ahora como punto principal (salvado el accesorio anterior) á manifestar el plan que observé con dicho señor vicario y sus resultados.

A las diez de la citada noche le propiné un escrúpulo de la hipecacuana conforme á mi método: á la media hora principió el vómito ayudado con diez tazas de agua caliente, y con ésta arrojó porciones de bilis de un verde subido, con madejas y copos limosos de color

aplomado, y con esta evacuacion cesó la diarrea de repente; pero como observé que habia mormullo en los intestinos con algunos dolores torminosos en el bajo vientre á causa de los humores que se habian precipitado, le ordené inmediatamente una lavativa de salmuera, con la cual depuso bastante bilis degenerada, del mismo color que eran las del vómito: á las doce y media de la misma noche principió á insinuarse la reaccion por donde ordinariamente empieza, que es por la cabeza, frente y sienes, y en estas ya percibí la pulsacion, que antes era nula: observando que dicha reaccion se hacia muy pausada á causa de las muchas pérdidas que

habia tenido el paciente con cinco dias que llevaba de diarrea, dos sangrías y docena y media de sanguijuelas que le habian aplicado el dia anterior, dispuse que á las cuatro horas de la primera toma se repitiera medio escrúpulo de dicha hipecacuana en la misma forma que la primera, advirtiendo que no tomó mas que cuatro tazas de agua caliente, con el fin de que la accion del vómito fuese ma- violenta, para que se avivasen todos los síntomas y se hiciera la espresada reaccion general, como asi sucedió, pues á poco tiempo todo su cuerpo entró en calor, se presentó el sudor caliente y general, arrojando mas porcion de bilis que antes de color ver-

de, y varios copos mucosos del mismo color, tan pesados que se fueron al fondo de la josaina; pero como tambien se habia precipitado alguna bilis en los intestinos crasos, segun lo indicaba el dolor y peso que sentia el doliente, le dispuse mas enemas de dicha salmuera, y con ellas obró muchos humores, unos verdes como los que habia provocado, y otros eomo el azul de Prusia. Con las espresadas deposiciones cesaron los vómitos, calmaron los ealambres, y la ansiedad é inquietud contínua que tenia; se presentaron las orinas y vino el descanso, en términos que logró reconciliar el sueño algunos ratos: en este estado quedó fuera de peligro, como lo ha-

bia pronosticado anteriormente. Por alimento y bebida le permití pequeñas porciones, pero con frecuencia, del cocimiento blanco gomoso de la Hispana, la sustancia de arroz muy clara, tambien gomosa, alternando con agua de naranja y limon, todo fresco, pues me propuse la idea de que continuamente no faltase en su estómago é intestinos estos líquidos demulcentes y refrigerantes, tanto para neutralizar y liquidar la demasiada bilis viciada que aun quedaba en su tubo digestivo, como para rebajar de punto su mordacidad, lo cual asi se consiguió.

Viendo que á las ocho de la mañana del dia 30 habia minorado la fiebre de reaccion, á que el sudor

general era mas moderado, á què el paciente aun deseaba echar de su estómago una cosa que le incomodaba, y á que las estremidades superiores se habian refrescado un poco por la variacion de la atmósfera, me resolví á darle la tercera toma de ocho granos de la hipecacuana, tambien con poca agua caliente, y con ésta vomitó una palangana de bilis atrabiliaria de color el mas perfecto de azul de Prusia, y ademas varios sedimentos molidos y pesados como el polvo de cardenillo y añil, con algunas madejas del mismo color. Con esta favorable evacuacion tomó mas incremento la fiebre, se aumentó el sudor general caliente, cesaron los vómitos y cur-

sos, tambien los calambres y desasosiego que tenia, los cuales le hacian imitar á los envenenados, con lo cual el paciente se entregó al sueño tranquilamente. Serían como las cuatro de la mañana del dia 31 cuando principió á vomitar mas porciones de bilis y copos limosos de los mismos colores que los anteriores; pero como aquella noche refrescó la atmósfera, y el paciente se desabrigó algo, cosa que desean todos estos enfermos coléricos, se suspendió en parte el sudor, y sobrevino alguna opresion en el pecho y agovio en la respiracion, y empezó á volver los alimentos que tomaba mezclados con los mismos humores antedichos, por lo que

le ordené una enema compuesta de un cocimiento de agua con dos cigarros de virginia y dos onzas de sal cathártica, é igualmente tres cucharadas de sorbete de flor de naranja alternado con los demas alimentos, y ademas algunas porciones de agua de media nieve dulcificada con jarabe de malvavisco; con esto, y á beneficio de cuatro deposiciones que hizo de los mismos colores que las anteriores, cesaron los vómitos. A las diez de la mañana del mismo dia 31 observé que no era el calor de las estremidades superiores igual con lo restante del cuerpo, y tanto por esto, como por el aumento de fuerzas vitales que habia en el pulmon, me obligó á

mandarle sacar seis onzas de sangre de la mano, con cuya evacuacion, y á beneficio del plan que dejo indicado, comenzó un sudor general copioso que duró hásta el dia siguiente, con el cual terminó la calentura y todos los pequeños síntomas que restaban por combatir; de modo que ya quedó mi enfermo en convalecencia, que fue el 2 de setiembre; el 3 le permití una compota de pera; el 4 comió una sopa ligera; el 5 un poco de pollo, y el 6 se levantó de la cama sin ninguna novedad.

NÚMERO 3.°

Doña Florencia Montero, parienta del señor escribano principal de la Auditoría de guerra, calle del Burro, de edad de sesenta y siete años, fue acometida del cólera-morbo fulminante, el cual principió con vómitos, cursos, emiplegia perfecta de todo el lado izquierdo, el derecho con una convulsion general semejándose al baile de San Victor, la boca torcida tan pronto á un lado como á otro, la razon y el habla perdida, en fin, con la mayor prontitud pasó á mi segundo estado álgido. Esta era su triste situacion cuando me avisaron. Inmediatamente la ordené veinte y cuatro granos

de hipecacuana segun mi método, y con la cual vomitó una porcion de bilis degenerada de varios colores, y á la hora cesaron los vómitos y cursos: tomó una taza de flor de malva y té dulcificada con jarabe de altea; pasada una hora otra toma del cocimiento blanco simple, á la otra una pequeña porcion de agua de arroz, y por bebida agua de naranja, todo del tiempo; mas como noté que se habian precipitado algunos humores segun los retortijones que tenia en el vientre, le mandé lavativas de agua bien salada, imitando á la del mar, y con ésta depuso bilis pajiza y unas pelotillas como de greda, lo cual me hizo presagiar favorable-

mente, porque esto me indicaba que habia cedido el espasmo que hay en la vejiga de la hiel en todos los coléricos ó en la mayor parte: viendo el alivio tan notable, cual fue que á las cuatro horas de haber tomado dicho remedio ya principió la reaccion aunque baja, que adquirieron un poco de movimiento la mano y pie izquierdo, y á que se despejó la cabeza, le volví á dar veinte granos de dicha medicina; con la que encargué que bebiese poca agua caliente, con la cual ni tuvo vómitos ni cursos, pero sí conseguí el que se aumentara la fiebre, que era mi objeto, y ademas se aumentaron los movimientos; pero observando que se condolia otra vez

de dolores torminosos en el vientre, dispuse las propias enemas, y con ellas escrementó bastante cantidad de humor negro y muy fetoroso: si con la primera dósis de dicha hipecacuana se logró tanto alivio, aun fue mas con ésta, porque comenzó á pronunciar algunas palabras, á contestar acorde á lo que se le preguntaba, hasta poder confesarse, y sobre todo á mover las dos estremidades que antes estaban paralizadas.

Haciéndome cargo de su edad avanzada, de lo apagada que estaba su vitalidad, y de que la reaccion no habia subido como yo deseaba, sin embargo á los favorables adelantos, repetí tercera toma de veinte granos de la misma medicina;

pero con ésta encargué que se le diesen cinco ó seis tazas de agua caliente, con las cuales vomitó mucha bilis verde, y quedó un depósito en el fondo de la palancana parecido al polvo de ladrillo molido, y por las cámaras una porcion de humor de color de café muy cargado con mucho fetor: de resultas de estas últimas evacuaciones cesó la calentura á las doce horas, y la paciente quedó en convalecencia. ¡Y qué admiracion no ha causado á cuantos la han visto, y á mí aun mas, cuando con las tres tomas de mi principal remedio dadas en el tiempo de cuarenta y ocho horas la enferma se recuperó no tan solo del cólera, sí que tambien sus mo-

vimientos naturales, el habla y la razon! Aqui se ha verificado el aforismo del sabio Hipócrates, que dice: *Febrem convulsioni supervenire melius est, quam febri convulsionem.* Esto es lo que tenemos que hacer para lograr pronto y bien la curacion de dicho mal, porque como no tienen fiebre generalmente los coléricos, es preciso ocasionarla artificialmente, con cuyo remedio se consigue.

NÚMERO 4.°

Desauciada de todo auxilio humano Fernanda Serrano, de edad de

docc años, que vive calle ancha de San Bernardo, número 2, tienda de comestibles, me avisaron para visitarla en su enfermedad del cólera, y la hallé en mi primer estado álgido en sumo grado: esta niña se habia empeñado en no tomar mas que agua por la sed inextinguible que tenia á causa de la diarrea albina y coposa que padecia ya por espacio de seis dias, en términos que se habia quedado destituida de jugos, de forma que ya no se hallaba en ella mas que tegumentos y huesos, y la poca sangre que tenia estaba coagulada en los vasos, principalmente en los cutáneos, como lo indicaba su color morado semejante al que resulta en las contusiones grandes, pues aun-

que intentaron sangrarla varias veces no lograron sacarla nada de sangre; la pulsé, y en ninguna parte pude hallar pulsacion; la frialdad de todo su cuerpo era estremada, las deyecciones las hacia sin sentir, la vejiga de la orina contenia alguna, los ojos estaban sumamente hundidos, su túnica adnata cubierta de un paño densò, y tambien fria como la nieve, y por consiguiente no veía nada; su lengua era mas gorda que en el estado natural, pero morada, y tambien fria como el hielo; los pies, manos y dedos encorvados estremadamente; su inquietud era tal que no hallaba postura buena; en fin, hallé en su rostro el mismo sudor frio que cu-

bre la frente á los que mueren rabíficos. Viendo este semi-cadáver la apliqué la mano sobre su estómago por tres ó cuatro minutos con bastante compresion, y aunque muy profundo pude percibir algun calor; y no pronunciaba otra cosa con voz muy baja que *agua*, *agua fresca*: por último, observé en ella algunos de los síntomas muy semejantes á los que padecen los envenenados por el sublimado corrosivo ú otro de los minerales. En tan estraordinario caso (aqui hablando francamente la conceptuaba sin remedio) les dí no obstante algunas esperanzas á sus asistentes, y me decidí á dar á la enferma quince granos de hipecacuana segun mi método, y

como anhelaba tanto por beber se pudo conseguir que tomase como dos tacitas de agua tibia, con las cuales principió á vomitar una porcion de bilis de color verde muy subido, y ademas unas madejas mucosas de color de cardenillo, las cuales formaron un globo redondo, y se precipitaron en la palancana: observando que aun habia conatos al vómito, como no se pudo conseguir que tomara mas agua caliente, se la concedí natural, de la que bebió tres cortadillos, con los cuales vomitó como tres jícaras de humores de color de añil subido, y por cursos otra cantidad sumamente negra y de un hedor intolerable. Con estas evacuaciones cesó la diarrea, se disminu-

yeron, los calambres, la paciente se tranquilizó mucho, y lo mas principal fue que á las dos horas principió á indicarse la reaccion por las cavidades; y ademas arrojó algunas orinas sumamente encendidas y crasas. Animadas mis esperanzas con el inesperado alivio, dispuse que tomara ocho granos mas de dicha hipecacuana, y á la media hora en lugar de agua caliente usé de la fria en cortas cantidades con la intencion de que el remedio hiciera oficio de un cathártico, como asi sucedió, porque depuso otra porcion de escrementos idénticos á los anteriores, y á su continuacion fueron mezclándose con bilis natural. Esta segunda propinacion fue tan venta-

josa y oportuna, que con ella se perfeccionó la fiebre de reaccion general, vino el sudor caliente á proporcion de sus pocos jugos, cesaron todos los síntomas, las contracciones de manos, pies y dedos volvieron á su estado normal, la enferma principió á hablar, el color de cara y cuerpo fue desapareciendo, y todo fue admirablemente bien, tanto que ya me pidió caldo, á lo que accedí, pero mezclado con té en iguales partes: ademas tomó el cocimiento blanco simple, y alternando con horchata de almendras dulces fria, pero en cortas cantidades, y repetidas de media en media hora, con el fin de que paulatinamente fuese su estómago acostumbrándose

á ejercer sus funciones: con este simple método se logró su perfecta curacion; á los dos dias principió á comer sopa, á los tres un poco de pollo, y á los cinco se levantó, con la particularidad que antes de esta enfermedad estaba valetudinaria, y ahora goza de mucha mas robustez.

NÚMERO 5.°

En la calle del Olmo, número 3, cuarto bajo, me llamaron para visitar al coronel de infantería don Santos Cremon, sin duda por indisposicion de los facultativos que le habian asistido antes. Este individuo es de edad de cincuenta y

cinco años, su temperamento linfático, su ámbito de cuerpo obeso, el cuello corto y abultado, su cabeza voluminosa, su constitucion humoral mala, en fin, de aquellos que son muy predispuestos á la apoplegía: segun la relacion que me hicieron los interesados se le habia desarrollado el cólera con tanta rapidez, que en un dia hizo ochenta deposiciones, primero biliosas, y despues blanquecinas con muchos copos blancos: tenia calambres dolorosos, convulsion general, rechinamiento de dientes, desmayos, la inquietud era sin límites, la respiracion y espiracion acelerada y fatigosa, las potencias intelectuales perturbadas, la postracion de fuerzas era en sumo gra-

do, sus ojos los tenia cerrados sin poderlos abrir, la lengua mas gorda que en el estado natural, y cubierta de una capa considerable casi negra y fria, la sed era inextinguible, los pocos vómitos que tenia eran albinos, en fin, con la mayor prontitud paso á mi primer estado álgido. Este era el estado deplorable en que estaba cuando me encargué de su asistencia; sin embargo preferí mas bien prestarle los pocos auxilios que hallaba para salvarle, que la opinion que podia perder si no lo conseguia, que como dejo indicado vale menos que la salvacion de un solo individuo. En su consecuencia, y no obstante de que ya se le habian hecho dos sangrías

largas y aplicacion de sanguijuelas en la region del estómago, cuya indicacion fue plenamente acertada, aunque sin fruto alguno por el carácter tan engañador que tiene esta horrorosa enfermedad, haciéndome cargo de su predisposicion apoplética, y que noté alguna pulsacion muy pausada y débil solo en las sienes, principié la curacion con docena y media de sanguijuelas en las partes laterales del cuello, y al propio tiempo sangría larga de la mano, y aplicacion de sinapismos duplicados á las estremidades, previniendo que le envolviesen entre dos mantas. Pero como ni con la espresada sangría ni sanguijuelas se

logró sacar sangre, porque ésta estaba cuajada en sus vasos por falta de los líquidos que se habian evacuado con la diarrea copiosa que habia tenido, en este apuro le suministré veinte y cuatro granos de hipecacuana segun mi método, y con la poca cantidad de agua caliente que tomó á la fuerza logré que vomitase una porcion de bilis degenerada de color azul oscuro, ó casi negro: despues que arrojó dichos humores principiaron á calmar todos los síntomas, la diarrea se disminuyó, y de albina pasó á color de café, y despues verde. Advirtiendo que á las tres horas no conseguia la reaccion que tanto de-

seaba, me resolví á darle otros diez y seis granos de dicha hipecacuana, y surtieron tan buen efecto que con solo una taza de agua caliente que tomó arrojó por la boca mas de medio cuartillo de bilis sumamente verde, y de tanta consistencia como una jaletina clara; mediaria un cuarto de hora cuando tuvo otro vómito igual en cantidad y color al anterior; á beneficio de esto cesaron los cursos, se despejó el doliente, principió á calentarse la cabeza y cara, en seguida el pecho y vientre, y como á la hora se verificó la reaccion general, se presentaron las orinas, aunque en corta cantidad, la que antes era nula, la calentura to-

:

mó bastante incremento, el pulso fuerte, la sed escesiva, el rostro se puso sonrosado, la cutis reseca y quemante, pero el sudor renitente: en esta situacion mandé una sangría de doce onzas, y una docena de sanguijuelas en la region del estómago, y por alimento y bebida le dispuse el cocimiento blanco simple y agua de limon con naranja de media nieve en cortas cantidades, pero á menudo, con cuyo simple método á la hora y media ya se presentó el sudor general muy copioso, el que duró quince horas, y con el cual terminó la calentura, y en fin, todos los síntomas desaparecieron con la misma velocidad que

se presentaron. Ultimamente, á los tres dias le permití que se vistiera un rato, quedando enteramente convalecido en muy pocos dias.

NÚMERO 6.°

Igualmente por indisposicion del profesor que asistia á Josefa Fernandez, que vive calle ancha de San Bernardo, tienda de zapatería, número 2, me llamaron para visitarla: ésta es de edad de treinta años, su temperamento bilioso sanguíneo, muy robusta y pletórica. Cuando se la desarolló

el cólera fue con los síntomas siguientes: primero con vómitos biliosos, despues blancos, á poco tiempo fueron verdes, y en seguida de color azul y muy repetidos, tanto que volvia cuanto tomaba; se quejaba de un calor urente en el estómago y vientre, como si tuviese una plancha caliente en dichas partes; habia sed, pero sin calentura; toda ella estaba hecha un ovillo de contraida, los calambres dolorosos eran en todas las estremidades, y los dedos de sus manos y pies ninguno guardaba su estado natural, porque todos los tenia igualmente contraidos; la inquietud estremada; tenia vértigos, y no podia

ver la luz natural ni artificial; la respiracion era frecuente y fatigosa, la postura de su cuerpo casi siempre supina con los brazos abiertos, y pidiendo al Todopoderoso que se la llevara para dejar de padecer. En fin, he visto envenenados, pero no tan furiosos ni de tanto padecer. Con estos agovios, inquietud y fatigas, se desabrigaba y estaba en un continuo movimiento. Parece increible que con tales estímulos, y con las pocas pérdidas que habia tenido en dos dias que llevaba de enfermedad, hubiera podido pasar al período álgido con la prontitud que se realizó, á pesar de todos los estímulos esternos que se la habian apli-

cado. Este era su estado cuando ví á la enferma: inmediatamente la ordené una sangría del brazo de doce onzas, docena y media de sanguijuelas en la region del estómago, una enema con la salmuera, y por alimento y bebida agua de arroz y de flor de malva con zumo de limon y naranja dulcificada con jarabe de altea, todo fresco: pasadas cuatro horas del uso de estos remedios observé que no se habia movido el vientre, que los vómitos eran mas continuos de los mismos colores, que todos los demas síntomas permanecian en el mismo estado, y que la algidez iba en aumento con falta de pulso en las radiales, por lo que

me ví precisado á variar de método con la mayor circunspeccion, y la prescribí una lavativa de una jícara de agua con veinte granos de la hipecacuana fria, con el fin de causar un contra-estímulo, y ademas dispuse la aplicasen sobre las cisuras de las sanguijuelas un paño mojado en vinagre muy salado, con el objeto de contener los espresados vómitos, como efectivamente asi sucedió, porque á la media hora poco mas ó menos comenzó á hacer cursos copiosos de un humor primero verde y azul, y despues negro, mezclados con sedimentos muy pesados como el hollin molido: con estas favorables deposiciones no

tan solamente cesaron los vómitos, sí que tambien vino un cambio general de todos los síntomas alarmantes que antes habia, con la calma de unos y la cesacion de otros: animosa la enferma, y yo mucho mas, á pesar de que no se insinuaba la reaccion, me resolví á darla ocho granos de hipecacuana con dos dracmas de sulfato de maguesia en un cortadillo de agua con media cucharada de azúcar, con el fin de que mas bien obrase como cathártico que como emético, con cuya intencion previne que se le diese agua natural pasada media hora: en efecto, asi lo hicieron, y sin embargo tuvo un pequeño vómito, con

el cual arrojó porciones limosas como el légamo que se cria en las aguas estancadas, pero por cursos depuso mas de cinco cuartillos de humores negros con bastante sedimento del propio color. Ya fuese por la accion violenta del vómito, ya por la estimulacion del medicamento, ó ya por lo que habia evacuado, noté que las tres cavidades se principiaron á calentar, y ademas percibí el pulso en las radiales, que antes no le habia, como queda dicho; y como tengo observado que mientras que subsisten los cursos la reaccion se hace muy pausada, y que estos aun continuaban, la repetí otros seis granos de la hipecacuana

como anti-disentérica, y efectivamente corrrespondió á mis fines, porque con ella ya no tuvo mas que conatos al vómito, y contribuyó hasta lo infinito para que se consiguiera la reaccion y tambien el sudor general, que duró doce horas. Con este plan de remedios y sus resultados logré que en cuatro dias recuperase la salud, advirtiendo que no usé de mas alimentos y bebida que los que dejo anotados, y por diferiencia tomó el cocimiento blanco y alguno que otro cortadillo de agua de media nieve con un esponjado, y tambien enemas de almidon disuelto en agua y un poco de yema de huevo, para calmar la irritacion

que habian producido las primeras en el ano, y la mordacidad de los humores que habia depuesto.

NÚMERO 7.°

He visitado y curado á doña Dolores Mayor, que vive plazuela de Afligidos, casa número 1.°, cuarto principal: esta señora es de edad de diez y ocho años, su temperamento bilioso, su sistema nervioso, de una esquisita sensibilidad y muy delicada. Ésta habia tenido vehementes pasiones de ánimo, y en seguida fue invadida del cólera; pero

¿en qué términos? con una epilepsia convulsiva en sumo grado, con vómitos de bilis degenerada y atrabiliaria, unas veces de color verde y otras como de café, y pronto se semejaron al agua de arroz. Como esta enferma se hallaba en sumo grado de debilidad, á poco tiempo pasó á mi segundo estado álgido, y aunque conocí que era un tétano general, observé que donde habia mayores estímulos era en las vísceras de la cavidad vital, en términos que sin hallarse el pulso en las radiales ni en ninguna otra parte, noté que la palpitacion del corazon era estraordinaria, tanto por su fortaleza como por su celeridad. Viendo que

por momentos iba á sucumbir, la propiné inmediatamente diez y ocho granos de la hipecacuana mezclada con poca cantidad de agua y azúcar para que la detuviese algun tiempo en el estómago: tambien se le echaron enemas en cortas cantidades de agua salmuera para hacer un cambio en dicho estómago y demas partes sobreirritadas, y tambien para cohibir los vómitos. Con dicho emético, y á beneficio de un poco de agua fresca que la ordené y un sinapismo que se le aplicó en la region epigástrica, fueron tan oportunos que se convirtió en un verdadero cathártico, con el cual principió á deponer copiosa canti-

dad de humores negros, verdes y pajizos, con cuyas evacuacianes se calmaron las convulsiones, el vómito cesó, la palpitacion se moderó mucho, en fin, cesó la epilepsia, y con esto ya percibí el pulso en la radial derecha, mas no en la izquierda: haciéndome cargo de la impresion que pudieron haber hecho los sentimientos que tuvo antes de su acometimiento, particularmente en su sistema vascular, le prescribí una pequeña sangría de la mano. Habiendo visto estos felices resultados con dichos remedios, le mandé otros ocho granos en la propia forma que antes, y sin embargo de que no tomó mas que una

jícara de agua fria, tuvo un vómito que arrojó una porcion de madejas mucosas verdes, y algunos glóbulos de color aplomado: en seguida de este vómito se la soltó el vientre, cuyas deposiciones ya fueron biliosas: á esto se siguió haciéndóse la reaccion general é igualmente el sudor, y por momentos cesaron todos los síntomas: la enferma principió á hablar, pero ignorando cuanto habia pasado: en este estado la mandé media taza de caldo con parte igual de té para favorecer dicho sudor, alternando con la sustancia de arroz y agua de flor de malva fresca: ademas la dispuse una mistura anti-espasmódica, que usó tres cu-

charadas por toma, y repetidas tres veces en las veinte y cuatro horas, la cual es como sigue: agua simple de menta cuatro onzas, láudano líquido de Sidenham un escrúpulo, esencia de canela media dracma, jarabe de corteza de cidra una onza: M. Con este sencillo método curativo consiguió la salud en cinco dias.

Voy á poner una digresion sin ánimo de agraviar á nadie. En todos los coléricos que yo he visitado y curado, si no me engaño, tres solos han sido á los que he propinado calmantes ú opiados, á pesar de ser medicina muy recomendada para esta dolencia por muchos autores de varias naciones, porque opino

que aunque es de las clases ó familias nerviosas, como su causa productiva es por estímulos eminentes, de hay es que estos remedios difusivos parece que deben ser nocivos en la mayor parte de estos dolientes, como por desgracia lo han visto en otros reinos, y debe confesarse que los habitantes de Madrid han sido en esta parte mas dichosos que los de ninguna capital, de modo que bien pueden vanagloriarse y dar gracias al Todopoderoso, y á los profesores, que con sus sólidos y reflexivos modos de discurrir y su pericia médica, son los que mejor han sabido salvar á los invadidos de este tan terrible mal.

NÚMERO 8.°

Me avisaron con toda prisa para visitar á Felix Hernandez, que vive plazuela de San Martin, casa de la taberna: este sugeto hacia quince dias que se habia curado del cólera-morbo á beneficio del aceite y plan anti-flogístico en todas sus partes; pero fue nuevamente invadido de dicho morbo tan fulminante, que por momentos se acababa su vitalidad: este paciente en el discurso de una hora habia vomitado cinco jofainas grandes de una bilis verde en sumo grado, y en cada una contenia una taza grande de partículas como térreas y como de color de

cardenillo; para arrojar esto padecia unos dolores atroces con mucho desasiego y calambres; ademas le acompañaba frio general, convulsiones, sudor frio, agonía contínua, desmayos, la cavidad natural contraida, el pulso nulo, pero sí una palpitacion en el corazon que se notaba su movimiento mirando á los músculos intercostales esternos. Viendo esta escena dolorosa, por unos momentos estuve premeditando de qué medios me valdria para evitar su muerte tan cercana; pero haciéndome cargo de que aun no se habia restablecido de su primer ataque, á la buena higiene que me dijeron habia observado en su con-

valecencia, y á que no dejó de tener en ella algunas indisposiciones, creí que era el veneno deletéreo el que estaba produciendo todos estos desórdenes, y síntomas del que pudo haber quedado sin evacuar: por fin, me resolví á darle veinte granos de la hipecacuana, advirtiendo que en este caso mandé que tomase doce ó catorce tazas de agua caliente con la intencion de liquidar, desprender, evacuar y modificar las partículas venenosas que sospechaba habia aun en su tubo digestivo. Efectivamente, mi sospecha y objeto se verificó, porque con dicho remedio me echó por la boca otras dos palancanas de humores del

mismo color verde que antes, y en su compañía otras dos tazas de cuerpos estraños idénticos á los polvos de añil. Despues de haber arrojado esto se fueron retrasando los vómitos, algunos síntomas desaparecieron y los otros se calmaron; en tal estado le mandé una docena de sanguijuelas sobre la region del estómago, y cuando éstas se desprendieron se le aplicó sobre las cisuras un cabezal mojado en vinagre salado con el fin de que este estímulo contuviese los vómitos, porque ya los conceptuaba nocivos; ademas tomó un cortadillo de agua de nieve con una cucharada de jarabe de malvavisco, y alternaba con el agua

de arroz y el cocimiento blanco simple, todo frio y en corta cantidad, con lo que conseguí que dichos vómitos cesaran. Habiendo observado que el paciente sentia algunos dolores torminosos en el bajo vientre, le dispuse enemas de agua tibia y bien cargada de sal como purgantes con dos fines, el uno para que favorecieran á evacuar los humores que se habian descendido á los intestinos gruesos, y el otro para hacer una revulsion, con cuyos auxilios logré el que hiciera cuatro deposiciones copiosas de diferentes colores, y muy semejantes á lo que habia vomitado, con un fetor estraordinario, y sin embargo de que pararon los

espresados vómitos, encargué la repeticion de lavativas, pero que ya fuesen compuestas con agua de malvas y yema de huevo. Estos fueron todos los medios que suministré al paciente para sacarle del inminente peligro en que se hallaba, con los cuales vino la calentura de reaccion y el sudor copioso universal, con lo que cesaron todos los síntomas; pero viendo que dicha reaccion era bastante alta, le ordené una sangría de ocho onzas, y ademas le encargué que bebiese bastante agua de naranja y limon de media nieve: á los dos dias concluyó la fiebre, y á los cuatro le permití vestirse un rato, con la particularidad que su

convalecencia ha sido muy pronta, y se halla en mejor estado de salud que antes de esta recaida. Este caso práctico y otros que he tenido muy semejantes me han hecho ver hasta la evidencia que el cólera-morbo que se ha padecido en esta Corte no ha sido una enfermedad esencialmente inflamatoria, y sí producto de miasmas deletéreos, con la propiedad de hacer sus primeros estragos al sistema nervioso y mucoso, y de estos se han simpatizado los demas.

NÚMERO 9.º

El dia 28 de julio fuí llamado para visitar á don José Trucharte, calle de Jacometrezo, números 8 y 9, cuarto entresuelo: este sugeto es de edad de treinta y un años, su temperamento sanguíneo bilioso, y su sistema nervioso de esquisita sensibilidad: las causas antecedentes fueron muchos disgustos y pasiones de ánimo deprimentes: su enfermedad se presentó con frio escesivo, que duró dos horas; á él siguió la calentura bastante baja, la piel poco caliente y árida, sed ninguna, la lengua saburrosa y biliosa, como la de los coléricos, la postracion de fuer-

zas estremada, las manos trémulas, toda la boca y fáuces llena de aptas de color ceniciento y muy sórdidas, de las cuales salian abundantes babas sanguinolentas muy fétidas y asquerosas: á estos síntomas le acompañaban cefalagia contínua, vértigos en cuanto se sentaba para tomar los alimentos, que le obligaban á acostarse muy pronto, y ademas estaba comatoso. Asi siguió hasta el sexto dia, en los que habia estado á la dieta blanca, y por bebida agua acidulada, y en las sienes se le habian aplicado sanguijuelas: en el séptimo se presentó diarrea biliosa, y á las pocas deposiciones se hizo albina; pasadas tres horas prin-

cipiaron los vómitos tambien biliosos, en seguida calambres en todas las estremidades; tenia convulsiones por intervalos, y asimismo le observé petequias moradas en varias partes de su cuerpo: en todo aquel dia hizo mas de cincuenta evacuaciones tambien albinas; pero los espresados vómitos á poco tiempo fueron unos verdes y otros azules con sedimentos pesados de los mismos colores, y ya devolvia cuanto tomaba. Viendo que la enfermedad se habia complicado con el cólera-morbo fulminante, tanto que en otras tres horas pasó á mi primer estado álgido, ya fuese por los síntomas espresados, ó ya por la mala asistencia ó

descuidos de criados poco interesados, me fue preciso atender á esta mas que á su primera dolencia: como su razon no estaba muy concertada, se echaba fuera de la cama con frecuencia para hacer las deposiciones, y con esto se aumentó dicho período álgido, al estremo de quedarse sin pulsos y enteramente frio, lo mismo que el sudor general que tenia. En el momento que le ví en esta disposicion le ordené veinte granos de la hipecacuana, y al cuarto de hora principió á vomitar mucha bilis de color azul oscuro, y por deposiciones echó mas de tres cuartillos de humores talmente negros: con este feliz éxito del emético, y á

beneficio de un sinapismo que se le aplicó en la region del estómago, paró dicho vómito: asimismo le ordené lavativas de agua almidonada y una yema de huevo, que tambien moderaron los cursos y templaron la irritacion que habia en el ano: á las cuatro horas de haber tomado el emético volvió la calentura de reaccion acompañada con sudor caliente, y todos los síntomas cesaron. No varié en punto á los alimentos, pero en razon á la sed que tenia le permití que alternarse con el agua de limon mezclado con naranja de media nieve. Como la fiebre tomó mas incremento que antes, y que ésta se hacia mas duradera que la de los

coléricos, ordené una sangría corta, porque ya contaba el dia once de su mal, ademas que en todos estos dias no faltó el sudor general caliente, con el cual me habia prometido una buena crisis; mas no se verificó asi, porque dicha calentura siguió su curso con recargos todas las tardes, y de esta manera continuó hasta el diez y siete. En este dia, sin poder averiguar qué causa habia antecedido, se volvió á presentar la diarrea albina, el vómito blanco, los calambres en las estremidades inferiores, la sed inextinguible, inquietud y desasosiego continuo; en fin, cuando me avisaron de esta novedad, y llegué á verle, ya estaba en

el período álgido; pero hacia las deyecciones sin sentirlo, lo que vomitaba era verde, y tambien lo echaba en la cama sin saber lo que le pasaba: reflexionando el estado miserable en que se hallaba por una parte, y por otra la debilidad suma en que le habian puesto tantas pérdidas é indecible padecer en el término de diez y ocho dias de mal, le dispuse doce granos de dicha hipecacuana, una onza de jarabe de diacodion, otra del de corteza de cidra, dos dracmas de diascordio y cuatro onzas de agua de tilo, todo mezclado: de esto tomaba tres cucharadas, alternando con otras tres de sorbete de flor de naranja, é igual cantidad del cocimiento blanco go-

moso: le ordené tambien un reparo corroborante muy caliente en toda la cavidad abdominal; pasadas tres horas de haber principiado con el uso de la anterior mistura, de la cual habia ya tomado tres veces, volví á ver al paciente, y ya le hallé en reaccion, sin vómitos, sin cursos, sin calambres y demas síntomas mortales que tenia cuando le dejé, que fue el diez y nueve. En todo el dia veinte quedó limpio de calentura con el sudor general que la acompañó. Ya convaleciente, á los tres dias, sin haber tomado mas alimentos (al menos que yo supiese) que los líquidos que dejo indicados, menos el sorbete, que mandé suspender, serian las doce de dicho dia

cuando le principió un rigor general que duró una hora, vino la calentura, vómitos y calambres en piernas y pies; pero á la madrugada del dia siguiente cesó todo á beneficio de cuatro deposiciones negras y fetorosas que hizo: como observé que habia una verdadera pirexia, nada añadí á la dieta que antes le tenia prescrita: pasados otros dos dias, á la propia hora repitió el frio, entró la calentura; á las catorce horas terminó con sudor y otras cuatro evacuaciones de vientre de color verde, y como una taza grande de partículas como polvos de cardenillo: con esta observacion le mandé la horchata de almendras dulces, alternando con la de arroz

:

gomosa, medio cuartillo de leche de burra, y el cocimiento blanco tambien gomoso, con cuyo plan demulcente se concluyó su curacion á los treinta y dos de su primera enfermedad.

Omito otros casos prácticos hasta el número de veinte y nueve que se me han presentado, y he curado, semejantes á los anteriores con corta diferencia, por parecerme que serán suficientes los anotados para el objeto que me he propuesto en la publicacion de este Manifiesto; terminando este escrito con las siguientes observaciones, por la conexion que tienen con la materia de que se trata, y ademas añado algunas reglas de higiene de las que deben ob-

servar los convalecientes.

No habiendo perdido de vista á los coléricos que se han curado con mi principal remedio de la hipecacuana tomada en cantidad suficiente, y con buen método, y á los que la han conseguido con los antivenenosos de la vivorera ú otros semejantes, he hallado en unos y otros que su convalecencia ha sido mas pronta, su salud mas permanente, y por consiguiente menos espuestos á la recaida, que los que la han logrado con otros métodos curativos, pues estos quedan por mucho tiempo melancólicos, sin color natural, débiles, con poco apiteto, las fuerzas digestivas muy deterioradas, en tal estado, que con el mas pequeño

esceso vuelven á enfermar, sino de dicho morbo, de otras varias indisposiciones que se suceden las unas á las otras; en fin, quedan valetudinarios por algun tiempo: esto dimana, segun mi sentir, de que la masa humoral se halla afectada y atosigada de las partículas ó miasmas deletéreas que no se han evacuado suficientemente, las cuales estan ofendiendo las oficinas principales de la digestion, quilificacion y sanguificacion, porque aquellas solo quedaron neutralizadas, y no estinguidas. Para mí esta es una verdad indisputable, porque son varios los enfermos que estoy visitando en el dia de esta clase de dolencias, y estoy observando en ellos que luego que

les suministro una ó dos tomas pequeñas de hipecacuana, á proporcion del mas ó menos vicio que concibo que hay, y de las fuerzas del paciente, por momentos van aliviándose y se curan de sus males, siendo asi que se hacen indomables á otras medicinas.

Tambien es muy esencial el tener presente que cuando el cólera ha durado por mucho tiempo en una poblacion numerosa, todos sus habitantes han respirado y tragado en compañía de los alimentos y bebidas las partículas ó miasmas morbíficas que han exhalado los cadáveres y enfermos que hubo, por mas precauciones que se hayan tenido en todo el tiempo que reinó la

espresada dolencia, por cuya causa debemos creer que todos pueden estar iniciados, aunque no se noten fenómenos ostensibles: hago este pequeño recuerdo, porque aunque ordinariamente es mayor el número de los que se eximen de la espresada enfermedad, unos por su buen método de vida, otros por su serenidad, y otros por el poder que tiene su naturaleza para resistir á toda clase de contagio, no por eso se han librado de recibir dichos miasmas en sus máquinas, por lo cual debemos vivir prevenidos en el tiempo que reina la mortífera dolencia, y recientemente concluida, para sospechar que cualquiera otro mal puede muy bien estar mezclado con el cólera

con un disfraz que oscurece sus síntomas caraeterísticos que los pacientes suelen despreciar; pero el médico que lo eonoce debe persuadirlos á que tomen el remedio correctivo en la eantidad y forma que convenga para evacuar ó destruir el indicado vicio.

La esperiencia que he tenido de lo que dejo dieho desde que se desarrolló el cólera-morbo en esta Corte, y despues que comenzó á ceder, me hacen estar firmemente convencido de su evidencia, habiendo curado asi á personas que, sin haberse desarrollado en ellas, han estado desde que se manifestó el cólera melancólicas, sin color natural ni apetito, y con una displicencia ge-

neral, habiendo permanecido asi mas de dos meses sin alivio conocido, á pesar de los remedios que han usado, hasta que por medio de mi método curativo han recobrado con bastante prontitud su salud, despues de haber arrojado el veneno deletéreo que les causaba todas las incomodidades; por lo que llamo la consideracion sobre este particular, que creo muy interesante.

En corrovoracion de lo que digo en mis observaciones pondré un solo caso práctico, y omito otros muchos de igual clase por no ser tan difuso, con el fin de manifestar la utilidad de la hipecacuana como remedio correctivo en estas enfermedades mistas.

Doña Margarita de Gandolfi, de edad de cuarenta y tres años, que vive calle de San Joaquin, número 7, cuarto segundo: su temperamento es flemático, y muy oveso. Esta señora desde el dia 16 de julio próximo pasado se hallaba padeciendo un histérico convulsivo, ligeros calambres en las estremidades, hormigueo en las mismas, indigestiones, poco apetito, la lengua estaba saburrosa y biliosa; unas veces la acompañaban conatos á vomitar, y otras tenesmo ó pujo; tambien habia vértigos y dolor supra-orbital; en fin, sin haberse desarrollado en ella el cólera, se notaban muchos síntomas de él. Para su curacion la habian hecho cua-

tro sangrías, y aplicado cinco docenas de sanguijuelas en distintas veces y en varias partes, el uso de demulcentes y atemperantes alternando con algunos opiados; mas con este plan de remedios la enferma se iba agravando mas. En este estado, sabedora la paciente de que con mi método curativo se habian curado algunas personas de sus conocimientos, que padecian, con corta diferencia, los mismos síntomas, esto dió motivo para que me avisasen el dia 20 de setiembre y me encargara de su asistencia, como asi lo verifiqué. Habiendo ecsaminado detenidamente sus padecimientos, y cuantos remedios la habian propinado, que son los

que dejó indicados, y como todos fueron sin fruto, sospeché que la causa productiva de todos ellos era el mismo que ocasiona el cólera-morbo; asi inmediatamente la ordené diez granos de hipecacuána con seis de polvos de hojas de sen oriental, media cucharada de azúcar, y la cantidad de agua segun mi método: á la media hora de haberlo tomado la hice bebér cuatro tazas de agua caliente, con las que solo tuvo un vómito, y arrojo bastante bilis porrácea unida con algunas madejas como el légamo de las aguas corrompidas, y ademas hizo diez deposiciones, con las que depuso mas de ocho cuartillos de humores muy fetorosos de

varios colores, como verdes, azul subido, negros y pajizos, con sedimentos pesados de los propios colores; con estas evacuaciones se consiguió un alivio muy considerable. Pasados dos dias repetí el mismo emético cathártico, porque creí que aun habia mas causa, y si feliz fue el efecto del primero, lo fue aun mas éste, porque se evacuaron muchos humores semejantes á los anteriores, y con esto se desterráron todos los síntomas: la enferma principió á tener apetito y á hacer buenas digestiones, con lo cual principió á reponerse de las grandes pérdidas que habia tenido en los dos meses que llevaba de padecer. Pasados cuatro dias observé que en los

intestinos crasos tenia algunos dolores torminosos y tension en el bajo vientre que la incomodaban bastante, y con este motivo la propiné dos onzas de tipsana laxativa de la Hispana, con la cual hizo seis deposiciones tambien de distintos colores, fetorosas, y con sedimentos tan pesados y del propio color que la greda: con este simple purgante quedó la enferma en convalecencia, y á los pocos dias perfectamente buena.

Reglas de higiene que deben observar los convalecientes del cólera-morbo.

Si convenimos todos en que la

enfermedad del cólera-morbo pertenece á una de las familias de las neuralgias tetánicas internas ó espasmódicas, como dejo manifestado, no será necesario apelar á otras causas morbíficas para creer que sus convalecencias ademas de ser muy largas, es preciso que los pacientes observen con la mayor circunspeccion las reglas que les prescriba el profesor de su asistencia con mas rigor que en otra cualquiera enfermedad, porque como es el sistema nervioso el que mas sufre en los coléricos, siendo éste el que ejerce el oficio de emperador de todos los del cuerpo, resulta que estos quedan tambien con bastante grado de decadencia, aunque la indicada do-

lencia no haya pasado del primero y segundo período; pero si llegó al tercero ó cuarto, en estos ya es de mas consideracion la astenia directa que queda, y por consiguiente estos fenómenos son mas ó menos fáciles de corregir á proporcion del grado á que ascendió el mal: por otra parte, como todos sabemos que el tubo digestivo es el que mas padece en esta cruel dolencia, no tan solamente debemos parar la consideracion en las impresiones y desórdenes que causaron los miasmas ó partículas deletéreas en dicho tubo alimenticio con su mordacidad, sino tambien á las pérdidas considerables que ocasionaron la diarrea y vómitos, los cuales, ademas de lle-

varse en su compañía el suco-pancreático y licor-gástrico, han hecho desprender y evacuar la cubierta ó capa mucosa que defiende al estómago é intestinos de las injurias que suelen causar en ellos los cuerpos estraños que van unidos con los alimentos y bebidas.

Sentados estos principios, voy á indicar lo que tengo observado en los convalecientes cuando principian á comer, cual es que á su estómago les ofende toda cosa incindente y estimulante, como vino ú otro licor, chocolate, café, condimentos con especia, salados ni picantes, frutas que tengan demasiado ácido, ni otras semejantes: esto mismo nos da á conocer que dicho

estómago é intestinos se han quedado destituidos de aquella capa mucosa y pingüedinosa que los defendia, para cuyo objeto la ha dispuesto el autor de la naturaleza; de forma que estos estímulos, por pequeños que sean, ofenden inmediatamente á las infinitas papilas nerveas de dichas partes; por lo que tenemos que ceñirnos solamente al uso de alimentos frescos y tiernos y de facil digestion, como lo son el pollo, pichon, codorniz, perdiz, pajaritos &c. De los mamales, la ternera, conejo, cabrito y cordero: tambien se les puede permitir algunos pescados blancos: en clase de verdura para el puchero mando la acelga, la escarola y la lechuga;

estas mismas se pueden permitir cocidas por via de ensaladas con muy poca vinagre: en punto de frutas, se les puede conceder un poquito de pera de aguas, de la de donguindo, bergamota, manzanas y otras semejantes, pero todas bien sazonadas, y estas mismas son preferibles en compota. En la clase de alimentos líquidos se deben preferir á otros el buen caldo, la sustancia de pan, la de arroz, la de tapioca, las horchatas de las simientes frias con algunas almendras dulces, ó de estas solamente, la leche de burra, y en defecto de ésta la de cabra ú oveja mezclada con agua de cebada, cuya sustancia animal ha producido muy buenos efectos en algunos.

Estos son todos los alimentos y bebidas que yo he permitido á mis convalecientes, con lo que he logrado el fin que deseaba, pero con la precaucion de que sean en corta cantidad, para que por grados se vayan acostumbrando las fuerzas digestivas á ejercer sus funciones, y se conviertan los alimentos en quilo y sangre balsámica, que es lo que repara en poco tiempo las pérdidas de los debilitados con tales enfermedades.

No tan solo han de observar los convalecientes el espresado método en la comida y bebida para evitar la recaida, sí que ademas se necesita que los casados se abstengan por algun tiempo de pagar el débito

conyugal, porque con esta accion violenta sufren las máquinas de los dos sexos una epilepsia momentánea; y como en el cólera-morbo el sistema que mas vejaciones padece es el nervioso, como dejo dicho, he visto á varias personas que á pocas horas de haber cometido estos escesos han recaido gravemente, y algunos han pagado con la muerte su inadvertencia.

Por el término de veinte ó treinta dias, si el mal llegó al tercero ó cuarto período, deben beber los convalecientes el agua natural mezclada con azúcar ó esponjado, y ocho ó diez gotas del espíritu de nitro dulce, con lo que se le quita la crudeza, y la hace mas a-

gradable y corroborante, neutraliza tambien la bilis que hay en el intestino duodeno destinada para perfeccionar el quilo, con cuyo aucsilio se templan los ardores que generalmente quedan en todo el canal alimenticio: teniendo ademas la precaucion de no beber estando acalorado, ni antes de haber hecho la digestion de los últimos alimentos que tomó, porque sin esta precaucion sobreviene fácilmente una indigestion.

Asimismo deben evitar el tomar el sereno de la noche y esponerse de pronto al fresco por la mañana, como tambien el mojarse, particularmente los pies, si el tiempo estuviese lluvioso, procurando

ademas abrigarse bien, y mas de medio cuerpo abajo, porque las estremidades inferiores se enfrian mas facilmente, observando tambien todas las reglas de una buena higiene que prescriban los profesores que estan bien cerciorados de su utilidad, y conocen los males que se siguen de la falta de su observancia.

FIN.

